

El orador celebra el arte y las letras, porque despiertan en nosotros pensamiento útiles al par que agradables; señala el camino de la ciencia como el que lleva a la ideal ciudad de la Libertad, la Justicia y la Dicha; proclama, siguiendo las huellas de Ruskin, la unidad del arte, desconociendo la división entre oficios nobles y plebeyos, bellas artes y artes industriales; exalta la alegría, el trabajo y el estudio; condena la Iglesia y pide su separación del Estado; anuncia la nueva era, el advenimiento del proletariado, «sola energía creadora en esta sociedad egoísta y estéril», y aconseja su unión contra todas las coligadas potencias del mal; opone la internacional de los obreros, de la libertad y de la paz, a la de la servidumbre y la violencia; glorifica por fin la utopía, «principio de cualquier progreso y esbozo de un mejor futuro».

Son páginas de antología las que leyó en los funerales de Zola y en la inauguración de la estatua de Renán.

El rudo arte de Zola mal podía gustar al literato que había poblado sus libros de imágenes rientes y pensamientos ingeniosos. El disgusto estalló cuando Zola publicó *La Tierra*. Sobre aquel libro brutal, Anatole France escribió un artículo crítico, cuya vehemencia difícilmente puede ser superada. «La obra de Zola es mala—afirmó—; él es de esos infelices de quienes cabe decir que más nos valiera que no hubiesen nacido». Y concluía: «El señor Zola inspira una profunda piedad». Quince años después, ante la tumba de aquel crea-